

Nota a la nueva edición

Echaré de menos la vieja cubierta de *Mientras haya bares*. Tenía una hermosa historia detrás. La historia de un pequeño desastre, también es cierto. Bajo el título, si recuerdan, se reproducía un breve texto entresacado del libro, enmarcado en lo que parecía una vieja servilleta de mesa de bar manchada de vino. Lamentablemente, en la primera edición se coló una coma desafortunada: la primera. La segunda estaba bien utilizada. Lo comenté con la editora, sin concederle máxima gravedad —una coma no es un asesinato—, por si le parecía buena idea corregirla en una hipotética siguiente edición. No me hacía yo ilusiones con la reedición, pero esta llegó al poco tiempo. Mi felicidad fue incompleta: dejaron la coma que estaba mal y retiraron la que estaba bien. Hay que joderse, pensé, entre el malestar y la alegría. Al fin y al cabo, el libro incluía una de esas columnas con aspecto de despropósito en la que defendía lo indefendible, como colocar de vez en cuando una coma erróneamente, capaz

de recordarle a la frase que es mortal, y que se puede escribir mejor.

Hacía bromas, sí, pero al mismo tiempo rezaba para que en la tercera edición acertasen. No sé qué pasó, que hubo tercera edición, y esa vez dieron en el clavo. Fue una pena. Admito que me sentí un poco decepcionado. Me gustaba aquel desvarío. Pasaron los meses y entonces llegó a casa la cuarta edición. Abrí la caja de los ejemplares justificativos con verdadera ansiedad. Un minuto después le estaba escribiendo un mensaje a mi editora: Hola, Eva. Te va a hacer gracia. He recibido los libros. Y he comprobado que cuatro ediciones, y cuatro portadas diferentes. En la última, habéis quitado todas las comas, lo que incluye la que estaba bien puesta. Eva, como es natural, se sintió desolada. Yo la animé. Tenía que estar contenta: aquel desastre enriquecía el libro.

No sería fácil llegar a una quinta edición, pero si ocurría, soñaba con que apareciesen tres comas. Pero lo que llegó, cuando la imprenta volvió a arrancar, fue una cubierta impecable. Me lo tomé regular. Nadie está preparado para que las cosas salgan a la perfección. Ni la editorial ni yo quisimos arriesgarnos a que en una futura sexta edición todo volviese a estar en su sitio, y optamos por hacer una portada completamente distinta. No sé si habríamos soportado dos éxitos consecutivos.

JUAN TALLÓN

Nota sobre el autor y el libro

En una época dorada de su vida, esta transcurrió entre los bares y la literatura. Leía y bebía, o bebía y escribía. Este libro es una película de esos días, y de cómo veía el mundo por entonces. Los textos son el jugo destilado de ese tiempo en el que el alcohol y los libros se mezclaban en días y en noches ininterrumpidamente. Son el rescate de esos lentos y a la vez vertiginosos días que se plasmaron a lo largo de los años en el hueco efímero de los periódicos *El País*, *El Progreso* y *Jot Down*, y en el océano insondable de internet, *descartemoselrevolver.com*. Puestos ahora uno detrás de otro, comprueba que forman algo así como las huellas de una vida. Por eso este libro.

JUAN TALLÓN

Aquí había una viña

Cada vez que conduzco por la A-52, y a la altura de la salida 155 dejo de acelerar, acciono el intermitente, freno ligeramente y al fin abandono la autovía, siempre suelto lo mismo: “Aquí tenían una viña mis abuelos”. La frase no desaparece con sus sonidos, deja una estela en el aire del habitáculo que tarda aún un rato en deshacerse del todo. Creo que con el tiempo se ha ido convirtiendo en el primer verso de un poema que no sigue. Ese trozo de tierra, durante muchos años, fue trabajado por las distintas generaciones de la familia. Gastábamos una mañana entera, con su almuerzo, en recolectar la uva. Era una mezcla de duro trabajo y fiesta.

Cuando tenía unos 15 años, hicimos la última vendimia. Un día apareció el Estado, expropió el suelo y con el tiempo por el medio justo de la viña pasó la autovía y con

ella miles, millones de coches. El largo y ancho de la carretera se la comió entera. Fue un acto de borrón y cuenta nueva, fue el progreso, fue una crueldad. Lo único que hoy queda de aquello es mi frase: “Aquí tenían una viña mis abuelos”. Si un día abandono el empeño en decirla, el olvido lo devorará todo. Me pregunto cuánto tiempo tardan en no haber existido nunca las cosas que una vez pasaron, pero que un día dejan de ser recordadas. No demasiado. Es imposible que exista lo que se olvida. ¿Quién lo atestiguará? Es terrible. Por eso poner a salvo hechos, ideas, sentimientos, y no dejar de evocarlos, es una forma más bella de sobrellevar la vida.

Hay un momento en *Noruega* (Editorial Drassana), de Rafa Lahuerta, en el que el protagonista de la novela, Albert, evoca el día que su abuelo, en uno de sus últimos paseos juntos por Valencia, lo llevó hasta la plaza Beneyto i Coll, a finales de los años ochenta. “Mira, *xiquet* —señaló con el dedo el abuelo—, en esa casa vivía la yaya Amparín cuando la conocí. Era la más guapa de todo el mercado. Hazme un favor, cuando el yayo se muera pasa por aquí alguna vez y no te olvides nunca de mirar a la ventana del segundo...”.

En ese instante, el narrador recibe en herencia un mundo casi desaparecido y, en adelante, se esforzará para cumplir el requerimiento de su abuelo. Nunca falla. Cada cierto tiempo Albert regresa a ese rincón de la ciudad, que milagrosamente sigue en pie. “Esa ventana explica la naturaleza del amor. Es una fórmula sencilla: lealtad, confianza, respeto. Es una fórmula tan sencilla que solo está al alcance de los mejores. Yo no supe concretarla. El abuelo sí”, dice.

Todo lo que se acaba, y que en algún momento fue parte de nuestras vidas, se somete a dos posibles destinos.

En uno se convierte en olvido, tras un proceso de demolición paulatino que alcanza su perfección cuando nadie recuerda nada. Justo entonces esos hechos del pasado se convierten en inexistentes. En su otro destino posible, lo que se acaba se convierte en relato, anécdota, historia, y se deja prolongar cariñosamente en el tiempo. Por pequeño que parezca, si el relato se desentraña, a partir de él puede llegar a desplegarse todo un mundo perdido, siguiendo la estrategia de la chistera de un mago, en la que cabe casi todo lo imaginable, pese a la ausencia de espacio material.

En el punto kilométrico 155 de la autovía de las Rías Baixas, con su asfalto, líneas pintadas, mediana, quitamiedos, tráfico de automóviles, en el que un día mis abuelos tuvieron un viñedo de uva blanca, hay solo una aparente rendición del pasado. En el momento que circulo por ahí con mi coche, y empiezo a recitar el poema inacabado, la carretera se rinde, y entonces volvemos a hacer la vendimia, el pasado es real. El pasado pasó. Quién sabe si a fuerza de repetir la frase, dentro de muchos años, mi hija, al volante de su propio coche, diga al pasar por allí: “Decía mi padre que aquí tenían una viña sus abuelos”, agrandando el poema, y demostrando con un simple verso que un día existimos.

No irse de casa

Era lunes, no había colegio, y mi hija Helena y yo llevábamos casi una hora intentando salir de casa. Las viviendas oponen una férrea resistencia a la aspiración de

abandonarlas. Por momentos, parecíamos dos imbéciles tratando de apagar una luz, atar las botas, hacer una coleta, beber un vaso de agua, ponerse perfectamente los calcetines. Cada vez que abríamos la puerta, nos acordábamos de algo que había que hacer antes de salir, y volvíamos a cerrarla. De pronto, irse de casa se presentó como una acción prácticamente imposible, ya que primero debías salvar un sinfín de pequeñas tareas, algunas ocultas bajo otras más evidentes. Decir “Me voy” es una cosa y otra bastante distinta, casi opuesta, irse de verdad.

Se nos echó el año encima, pero al final, salimos. Fue un milagro. Le había preparado la mochila para el campamento, nos habíamos abrigado y cogido las mascarillas. Todo listo. Al pisar la calle, sin embargo, Helena se dio cuenta de que se había olvidado la diadema. Puse los ojos en blanco. “¡Pero cómo puedes olvidarte de la diadema!”, exclamé, como si la diadema fuesen las bragas. Volvimos a casa. Mi hija tiene ochenta diademas, pero siempre usa la misma: la rota. Menos ese día, que eligió otra, y después la cambió por una distinta, y luego por otra. Una vez más era imposible salir de casa. Casi pido socorro.

Estábamos de nuevo en la calle. Empezamos a caminar. Hacia un día maravilloso: amenazaba lluvia. Helena se detuvo de repente. “¿Qué pasa, cariño?”, pregunté. Se notaba que quería decir algo y no se atrevía. “¿Te olvidaste de mear?”. Negó con la cabeza. “La mascarilla. La dejé en mi habitación al coger la diadema”, dijo al fin. Sabía que me iba a poner como una furia. Regresamos. En ese instante, no me habría importado empezar a beber, ni siquiera a drogarme, aunque no fuesen horas. Subí los

escalones de tres en tres. Metí la llave, la giré, y al tratar de retirarla, se rompió. Quedó dentro de la cerradura. Encadené unas palabras horribles que Helena aún no sabía que podían pronunciarse juntas.

“A lo mejor si no nos hubiésemos olvidado la diadema, y después la mascarilla, no habríamos tenido que abrir la puerta un millón de veces. Vinimos tanto a la fuente que se rompió el cántaro”, me desahogué, buscando un culpable que no fuese simplemente yo. “¿Qué es un cántaro, papá?”. Miré al techo y resoplé. “Ya no existen los cántaros, así que da igual”. Ahora sí que iba a ser imposible salir de casa. Porque si lo hacía, y cerraba la puerta, no podríamos volver a entrar. E irnos y dejar la puerta abierta no acababa de convencerme, aunque, de entrada, lo pensé. Al final, hice un anuncio de alcance –“Esto lo arreglo yo, cariño”– y fui a buscar la caja de herramientas. Empecé a desatornillar con ahínco. Me detuvo cuando iba por media docena de tornillos, y nada importante se movía de su sitio.

Mi hija seguía con la mochila a cuestas, y vigilaba la escena con interés, pero también miedo. “¿Qué opinas?”, le consulté. Aún no se me había pasado la frustración, pero estaba ya tan desesperado con la puerta que pensé que quizá podría arreglarla ella, o al menos darme un consejo. Se encogió de hombros. Mentiría si no dijese que me sentí defraudado. En ese momento, me acordé del protagonista de la novela *El hipopótamo*, de Stephen Fry, que un día acude a una exposición de pintura infantil. Horrorizado ante lo que ve allí, exclama: “Llaman a esto pinturas? ¡Pero si cualquier artista moderno podría haberlas hecho!”.

Al final, arranqué el pomo. No supe interpretar si se trataba de un éxito o de un fracaso. “Y ahora a qué nos agarramos”, preguntó Helena. Puse los brazos en las caderas, y me quedé pensativo. Habrá que seguir quitando cosas, resolví. “Pásame la llave Allen. Y de paso los alicates”, le pedí a Helena, que no sabía si horrorizarse o divertirse. “¿Entonces, no me vas a llevar al campamento?”, preguntó al entregarme las herramientas. Miré a la niña y después a la puerta, que había sido destruida, pero no derrotada. “¿Qué te parece si nos quedamos y llamamos a un cerrajero?”, propuse, mientras me daba cuenta de que nos estaba pasando lo mismo que en *Casa tomada*, de Cortázar, pero al revés: una fuerza invisible nos echaba de la calle y nos encerraba en el piso.

Cambiar de galletas

Cada pocos meses cambio de marca de galletas para el desayuno. No sé qué voy buscando; quizá solo voy huyendo. Al principio, cuando empiezo con las nuevas, creo siempre que me gustan. Quiero que me gusten, porque el efecto de que algo te guste es insuperable. Tomo cinco en la mano, las hago trizas sobre la taza y las dejo caer, casi rezando. Esa ceremonia forma parte del encanto del momento del desayuno, así como el hecho de que se produzca en silencio y soledad. El desayuno hablado es una señal de barbarie, la prueba de que las familias, también las felices, arrastran peligros espantosos.

En esos compases, mientras las galletas discuten sobre su existencia con la leche y el café, estoy siempre dispuesto a pensar que, al fin, tras años de búsquedas erráticas, de aciertos pasajeros, he dado con las que tomaré el resto de mi vida, convirtiendo los cinco minutos del desayuno en el momento más placentero, íntimo, solitario y perfectamente breve del día. Por desgracia, a menudo el idilio que en general mantenemos con los comienzos dura muy poco. Son muchas las formas en que unas galletas decepcionan: cuando se disuelven en la leche hasta casi desaparecer, o cuando caen al fondo de la taza como seres ahogados, o cuando flotan y se acumulan en la superficie, estúpidamente obcecadas. Las semanas siguientes, hasta que consigo acabarme el paquete y vuelvo al supermercado en busca de otra marca, tiñen el desayuno de una grisácea atmósfera.

La hora en que algo que te gustaba ya no lo hace es descorazonadora. Te sientes desgraciado, porque después de todo no son tantas las cosas capaces de seducirnos. Por eso soñamos con que “son para toda la vida” y que, pase lo que pase, tendremos siempre algo seguro a lo que agarrarnos. Ya no sé si estoy hablando de galletas o de otra cosa. Tal vez hable de todo. Que algo te guste eleva ligeramente la vida. Cuando pasa se desata algo, pequeño y sin embargo poderoso, que nos lanza hacia ello, nos impulsa a desearlo, vivirlo, repetirlo. La ilusión encarna uno de los acontecimientos humanos más fascinantes que, lamentablemente, terminan por dejar paso a la desilusión.

Hay una fase en que incluso las galletas que me gustan me aburren, y también tengo que sustituirlas. Nos

revolvemos contra la costumbre. Hace unos meses lo decía Juliette Binoche en *El País Semanal*: “Como seres humanos nuestra misión en la vida es transformarnos”. Cuando algo se vuelve “lo normal”, sea lo que sea, significa que es hora de “ir hacia lo nuevo”.

Sentirse contento porque una cosa te guste mucho es algo que viene y va. Quizá puedas hacer que dure por medio de ciertas prácticas o destrezas. Pero es como si estuvieses obligando a lo placentero a que lo sea. “No se le puede pedir a alguien lo que no le sale del alma”, dice un personaje en uno de los últimos cuentos de Marta Jiménez Serrano. Tal vez lo mejor que podemos hacer, cuando algo nos ha gustado mucho, es dejarlo ir, porque quizá ya no nos gusta por la razón y con la sofisticación que al principio. Entonces es hora de salir a comprar otras galletas.

Un padre coñazo

Cálzate, ven a desayunar, vístete rápido, lávate las manos, acábalo todo, baja el volumen, recórtalo, cruza, dibújalo, bórralo, déjame a mí, échalo a lavar, ponlo en su sitio, cuéntaselo a tu madre, suma otra vez, come los guisantes, no juegues con el cuchillo, mira bien, recoge la habitación, no comas tanto chocolate, lee más alto, cuidado con el pie, átate la bota, mete por dentro la camiseta, escribe bien la zeta, sé sincera, no insistas, dale la vuelta.

No lo dejes en el suelo, tira de la cadena, no toques el enchufe, baja la música, cepíllate los dientes, no grites, abróchate la cazadora, merienda, cámbiate las bragas, habla más alto, no le abras a nadie, apaga la tele, quita el dedo en la nariz, usa la papelera, trátalo con cuidado, apaga las luces, bebe bien, no sorbas, no metas eso ahí, cuidado con la cabeza, no engullas, cuéntamelo, no cruces todavía, coge la mochila, abrígate, apunta hacia allí, vocaliza, dime la verdad, haz los deberes, no estés tan seria.

No cierres la puerta, sóplale, apaga la tele, no juegues con la comida, cierra la puerta, mira la hora, ven a cenar, no se le digas a mamá, coge pañuelos, juega con tu prima, tapa el pegamento, deja el teléfono, ponte la crema, pruébalo por lo menos, recoge la mesa, déjalo donde estaba, no olvides el paraguas, cuidado con la mano, no digas joder, mastica bien, haz el enjuague, silencio, llena la botella, guarda los guantes, no lo arrastres, llama al abuelo, ponle la tapa, no se lo cuentes.

Bebe, di algo, ponte la capucha, dale vueltas, no bebas tanto, ponlo al derecho, aguanta un poco, vacía la bolsa, deja las tijeras, échate cacao, escupe, aprieta, suelta, hazlo tú, no lo hagas, sube, baja, habla, caliéntalo, tranquilízate, espabila, no lo rompas, péinate, mira la hora, repítelo, dale al botón, camina despacio, duérmete, no te tuerzas, camina deprisa, vuelve a la cama, despiértate, tápate, acuérdate, no te acerques, mira hacia delante, olvídalo, haz lo que quieras.